

Varias observaciones para concluir: el tono general de la *Semana* es pesimista al enjuiciar a los mismos cristianos; estos juicios sobre los creyentes que nos han precedido se generalizan, sin precisarlos con datos sociológicos y descuidan muchas veces un elemento importante: la ignorancia, a la que debemos referirnos a la hora de aludir a deformaciones de la fe cristiana. Por otra parte, en el tratamiento del tema de la secularización, que es en cierto modo el eje en torno al que gira toda la semana, se echa de menos una valoración del influjo del monacato y los religiosos en una visión excesivamente escatológica del cristianismo, que ha mantenido en la penumbra durante siglos algunos aspectos del Evangelio que llevan a una secularidad plenamente cristiana, en nada deudora de la filosofía moderna y del marxismo.

LUIS CLAVELL

*Teología Dogmática.*, F. M. GENUYT, *El misterio de Dios*. Barcelona: Herder 1968, 225 pp. C. Chopin: *El Verbo encarnado y redentor*. Herder, 1969, 279 pp.

Estos dos volúmenes forman parte de la Teología Dogmática, dentro de la colección EL MISTERIO CRISTIANO, que persigue una presentación de las corrientes culturales de Teología dirigida a clérigos y laicos.

Se trata de dos manuales asequibles a cuantos son capaces de acercarse, con una mediana iniciación, a los problemas teológicos. En este sentido tienen un notable valor, porque no es fácil encontrar libros para esta clase de lectores; libros donde a la seriedad de doctrina, se una el dominio de la materia, como lo poseen estos autores, tan conocidos en el pensamiento teológico francés.

“El Misterio de Dios”, de F. M. Genuyt, responde al clásico tratado “de Deo Uno”. El autor justifica este intento de hablar de Dios-Uno en la Teología, frente a la acusación tan actual de negar su carácter propiamente teológico.

El libro tiene un corte clásico y sigue las grandes líneas del pensamiento tomista. Consta de dos grandes apartados. En el primero estudia las pruebas de la existencia de Dios y sus atributos. El segundo está dedicado a la acción de Dios sobre el mundo.

En la primera parte, después de una afirmación base: la revelación sobrenatural no suprime la necesidad de una manifestación natural de Dios, expone con claridad las pruebas de su existencia. Fe y razón aparecen aquí limpiamente conectadas.

En la segunda parte, el autor trata de armonizar tres conceptos que se implican en la solución de la libertad y de la salvación del hombre: creación, providencia y predestinación. Se presenta aquí al hombre como un *locus theologicus* para penetrar en el misterio del Dios personal. De este modo, en el tratado sobre Dios “se entabla el diálogo entre Dios y el hombre”.

La obra de C. Chopin presenta más novedad sobre los tratados clásicos de *Verbo Incarnato*. El autor divide su obra en dos partes prin-

cipales: el misterio de Cristo en sí mismo y su acción redentora y salvífica. C. Chopin se esfuerza en demostrar la unión entre estas dos partes, "entre la *Cristología* que atañe a la persona del Verbo Encarnado y la *Soteriología* que concierne a la obra por El realizada". La novedad fundamental está en no encerrar la Cristología en un tratado teológico sobre Cristo, sino en situarla, como centro de la Historia de la Salvación. Bajo este prisma el tratado se abre a la doctrina sobre la Iglesia, la gracia y los sacramentos.

La obra de Chopin tiene además no pocos aciertos. Al hacer por separado el aspecto histórico y sistemático, las verdades sobre Cristo aparecen a la luz de la historia de las diversas vicisitudes doctrinales de la Iglesia que motivaron su formulación. Y no es menos novedad la fundamentación escriturística que el autor sabe aprovechar con gran utilidad.

El carácter expositivo de manual impide quizás al autor mencionar siquiera alguna de las "cuestiones disputadas" actualmente en torno a la cristología. Mencionarlas, al menos, habría sido un bien para el lector.

Pero la limitación principal y común a estos dos buenos manuales, habría que ponerla en que sólo una vez en el tratado sobre Dios (p. 113) y como mero punto de referencia, se cita al Vaticano II. Ciertamente el Concilio no encierra novedad sobre el contenido de estos dos tratados de Teología, pero su espíritu habría orientado, al menos, algunas de sus páginas.

AURELIO FERNÁNDEZ

Henri-Irénéé Marrou, *Théologie de l'histoire*, Editions du Seuil, Paris 1968, 186 pp.

Sería difícil hacer un elenco completo de los libros y ensayos dedicados en nuestros días a la naturaleza y sentido de la historia. Entre esa enorme producción, algunas obras merecen ser señaladas especialmente. Así sucede con la que acaba de publicar H. I. Marrou.

Su título lleva a pensar en un tratado estructurado y completo. En realidad es un ensayo o, incluso más propiamente, una reflexión personal sobre un tema de actualidad. Escribo esto no para disminuir la importancia del libro, sino, al contrario, porque la fuerza de esta obra de Marrou está precisamente en recoger el pensamiento de un autor que, llegado a la madurez de su carrera, se aproxima a un tema que le apasiona. De ahí que el libro, no sólo dé respuesta acabada a la pregunta de que parte, sino que esté lleno de sugerencias, intuiciones y enfoques, que son a veces discutibles, pero siempre interesantes.

Desde el siglo XIX el tema del sentido de la historia ha visto situados en campos opuestos a los historiadores y los filósofos. Entiendo ahí por filósofos a los que recibieron ese título durante el siglo pasado: es decir, los representantes del idealismo. Una de las pretensiones del idealismo fue precisamente la de trazar un cuadro acabado del acontecer histórico de tal manera que todo fuera explicado de modo exhaustivo. Los historiadores de profesión, conocedores de la complejidad de los acontecimientos